MUESTRA GRATUITA

Nada más serio que no tomarnos en serio

Novela iniciática

José Ramón Chaves García

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **3,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **12,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/nada-mas-serio/

AMICUS CERTUS

NADA MÁS SERIO QUE NO TOMARNOS EN SERIO

Nada más serio que no tomarnos en serio

Novela iniciática

José Ramón Chaves García

AMICUS CERTUS

Nada más serio que no tomarnos en serio. Novela iniciática

© José Ramón Chaves García, 2026

Editorial: Amicus Certus

Primera edición: 2025. Esta edición: Amicus Certus, 2026

Editor: José Francisco Adserias Vistué

Ilustración de portada: Caspar David Friedrich, «El caminante sobre el mar de nubes» (detalle), c. 1818

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de los derechos.

Índice

Capítulo I. Orígenes 1

Capítulo II. La salud, lo primero... que se pierde 5

Capítulo III. Maldito contexto 11

Capítulo IV. Buscando empleo desesperadamente 15

Capítulo V. Sensaciones 23

Capítulo VI. Un poco de luz 29

Capítulo VII. Palabrería en el paraíso 33

Capítulo VIII. Confesiones 39

Capítulo IX. Segundos tanteos y tonteos 47

Capítulo X. Quien busca problemas, los encuentra 55

Capítulo XI. La gran aldea 65

Capítulo XII. El plato fuerte 71

Capítulo XIII. Vagabundeando 75

Capítulo XIV. De película 83

Capítulo XV. Sorpresas 89

Capítulo XVI. La persistencia del pasado 97

Capítulo XVII. Haciendo amigos 101

Capítulo XVIII. Confesiones del estercolero 105

Capítulo XIX. El asombro del explorador 111

Capítulo XX. La ley de la atracción **117**

Capítulo XXI. La lucha por la luz de la ciencia **123**

Capítulo XXII. Entre el humo se percibe el fuego **133**

Capítulo XXIII. Un respiro en el laberinto **147**

Capítulo XXIV. No todo es fiesta **153**

Capítulo XXV. Reincidiendo **163**

Capítulo XXVI. Braceando en el mar de la pasión **167**

Capítulo XXVII. Vueltas y revueltas **175**

Capítulo XXVIII. Luna llena **183**

Capítulo XXIX. Deshojando la margarita **193**

¿Podrías decirme, por favor, qué camino he de tomar para salir de aquí?
—Depende mucho del punto adonde quieras ir — contestó el Gato.
—Me da casi igual dónde —dijo Alicia.
—Entonces no importa qué camino sigas —dijo el Gato.
—… siempre que llegue a alguna parte —añadió Alicia, a modo de explicación.
—¡Ah! seguro que lo consigues —dijo el Gato— si andas lo suficiente.

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

CAPÍTULO I

Orígenes

Cualquier tormenta en mitad de la noche estremece al que percibe los truenos y relámpagos. Más aún si se está enfrascado en algo delicado que requiere precisión. Un relámpago iluminó el laboratorio e hizo resplandecer unos instantes los rostros de los dos científicos con bata blanca inclinados ante una marmita metálica redonda y broncina. El de más edad, sonreía ansioso, y el más joven, sonreía nerviosamente. El veterano extrajo con sus guantes de látex un chorreante bebé.

—¡Ya es mío! —exclamó feliz— ¡Enfermera!, ¡Rápido! ¡Limpie los restos de sopa genética del cuerpecito!

—Creo...

Creo que ha sido un éxito.

—Musitó temblorosamente la enfermera Flora Mackenzie, a través de su mascarilla, mientras aseaba con delicadeza aquel pedacito de vida que agitaba torpemente sus brazos.

—Veamos. —El doctor Jonathan Mac Donald asumió la presentación con su tono académico habitual, como si hablase desde un púlpito. —Damas y caballeros, están ante una criatura hermosa, varón, delgado, sano, piel tersa y sonrosada, posiblemente pelirrojo, llorón... ¡Diablos!

—¿Qué sucede? —El ayudante se ajustó las lentes para escrutar el bebé buscando la fuente del exabrupto, impropio de tan prestigioso doctor.

—Creo que algo no está donde debe. —MacDonald señaló un piececito blanquecino con tan solo cuatro deditos juntitos— ¡Le falta el dedo gordo del pie izquierdo!

—También creo que sobra algo —añadió con turbación el ayudante mientras observaba entre las regordetas piernecitas un apéndice de inusual tamaño para un bebé, que muchos adultos desearían para sí.

—No hemos de preocuparnos. —MacDonald se pasó la toalla por la perlada frente... —No hay avance científico sin error. Se trata de un contratiempo menor. Algo falta y algo sobra, pero el resultado no varía. Debemos felicitarnos —Ante el silencio circundante y miradas inquisitivas, continuó—. Les recuerdo que, al fin y al cabo, es la primera fecundación, embarazo y parto extrauterino de la historia. Nada de las medias tintas de vientres de alquiler, bebés probeta o parches similares. Nada de vientres abultados. Hemos realizado un cóctel al azar entre los donantes de esperma y las donantes de óvulos en una marmita, los hemos emparejado y la semilla fecundada se ha ido expandiendo acompañado de un crecimiento acelerado del embrión, dotado de conexiones, para suministrarle nutrientes y facilitar las evacuaciones de meconio. Dicen que madre no hay más que una, pero nuestro bebé no tiene otra madre que una marmita avanzada tecnológicamente y arrullada durante estos nueve meses por música clásica. No podría pretender que el bebé sea un canon matemático y proporcional. ¿O acaso alguien criticaría a Dios por crear el camello y el ornitorrinco, pese a sus asimetrías?

—Lo sé, doctor —objetó el ayudante, sin ocultar su decepción— pero no contábamos con esa doble malformación.

—Lo sé. —repuso el doctor con visible fastidio, ya fuere provocado por la insolencia del ayudante o por ser consciente del fallo—. Si nuestra manipulación genética ha provocado alguna leve alteración, no tenemos que pensar que le perjudica. Quizá le beneficie. Acaso ese pene desproporcionado le supondrá una seria ventaja competitiva. Darwin nos enseñó que las mutaciones del pico del pinzón hacían más fuerte a la especie mejor adaptada y Alexander Fleming por el hallazgo casual de un hongo mohoso pudo descubrir la penicilina. Debemos estar orgullosos de nuestro bebé. No solo está vivo. sino sano y fuerte. Y bien dotado.

—Le felicito sinceramente, profesor —susurró Flora, la enfermera.

—Gracias. El experimento ha sido un éxito. Se impone para la posteridad que diga unas palabras solemnes en este preciso instante, para que ustedes las recuerden, las cuenten y la historia las asuma o tergiverse. Veamos. —Levantó la mirada y suspiró como si se dirigiese a un auditorio multitudinario. —Su ayudante sospechaba que realmente quería ensayar lo que sería su discurso sobre el éxito científico ante los medios de comunicación. —No creo que exista un pueblo que haya inventado más cosas útiles que Escocia. Los escoceses inventamos la bicicleta, la mermelada, la televisión, el preservativo y la penicilina. Grandes inventos para la humanidad fruto de un pueblo cuya imagen es la tacañería. Sin embargo, en las últimas décadas nuestro pueblo parecía haber aletargado su natural ingenio. Nosotros lo despertamos. Lo digo sin petulancia, pero con sano orgullo. El equipo investigador en genética de la Facultad de Medicina de la Universidad de Glasgow, que tengo el honor de encabezar, ha conseguido que un espermatozoide fecunde un óvulo, procedentes ambos de donantes anónimos, y que se desarrolle sin contar con el calor y vientre materno. Insisto, no tendría mucho mérito tan simple cruce que viene haciéndose de forma natural a lo largo de la historia de la humanidad si no fuese porque hemos conseguido el ensamblaje y generación del cigoto, así como su desarrollo durante nueve meses en un caldo de proteínas, sin placenta, aplicando la dieta más equilibrada del mundo. El resultado está a la vista, y a juzgar como llora, también al oído.

—Quizá nos acusen de jugar a ser dioses. De crear aberraciones. No sé si el gobierno o los religiosos comprenderán nuestro trabajo —musitó el ayudante.

—No es un robot sino un ser humano. No es un Pinocho de madera pues está formado por carne y hueso. Tampoco es Frankenstein porque es fruto de los óvulos de seres vivos y no un parcheo de carne muerta. —Para darle la razón, el llanto del bebé arrecia—. Espero que ningún miserable se atreva a compararlo por esas secundarias malformaciones con el hombre elefante. Me explicaré. El dedo gordo que le falta en el pie es perfectamente prescindible y lo que le sobra entre las piernas será fuente de orgullo de adulto, o de sus parejas. Me atrevo a decir que contamos con un pequeño beluga. Nada que

ver con el caviar. La famosa ballenita blanca. Como saben, las belugas se diferencian del resto de las ballenas en que no tienen aleta dorsal, pero en compensación cuentan con un cuello flexible que se mueve en todas direcciones. Son hermosas, divertidas y comunicativas. Unas mutantes asombrosas.

—Pues las belugas están en extinción… —interrumpió Flora. —No me gustaría que nuestro hijo, y permítanme calificarlo así, acabase de muñeco de feria o expuesto en redes sociales para disfrute de ignorantes. Realmente me pregunto qué será de este pequeñuelo, sin padre ni madre conocido, y sin posibilidad de conocerlo en el futuro.

La enfermera Mackenzie tenía buen corazón, además de un esposo desempleado y borrachín, quien no comprendía que su esposa disfrutase en los laboratorios cuando para él, las mejores probetas eran los que manejaban los taberneros, y las mejores medicinas la cerveza y el whisky, que además en dosis adecuadas podrían sustituir a la anestesia. No tenían hijos y su marido tampoco comprendía su empeño en crear niños en laboratorios cuando para él le resultaba molesto y repugnante sufrir babas, limpiar pañales o no poder dormir por cólicos y berridos de lactantes.

—No se preocupe por el bebé, Flora. Aunque la crisis económica ha congelado los fondos de investigación, el Parlamento escocés ha dotado con mayor financiación este Programa que el de protección de testigos. Todo con tal de demostrar a Europa que el Brexit no ha eclipsado a la Gran Bretaña. Hemos sido investigadores privilegiados y el bebé será igualmente afortunado. Comodidades y educación a raudales. Vivirá mejor que nosotros y nos sobrevivirá. No le faltará de nada.

—Quizás pueda conseguir que me lo confíen —suspiró la enfermera MacKenzie. —No podía imaginar el increíble futuro que aguardaba al bebé.

CAPÍTULO II

La salud, lo primero... que se pierde

Toda vida es un experimento que puede tener éxito o fracaso. Mi nacimiento fue un éxito y mi vida ha sido un fracaso.

Me siento una rata de laboratorio que ha crecido, y me he hecho un tipo desconfiado y mal informado, pues según el *Medicine Scottish Bulletín* y el *Doctor Google*, infinidad de peligros acechan la salud de los jóvenes treintañeros como yo.

Quizá la culpa de mis temores hipocondríacos se debe a la figura paterna, tal y como diagnosticó mi psiquiatra, el de diez libras la hora de diván, coincidiendo con el comentario del bueno de Charly, paciente camarero del *Mussel Tavern*, el de dos libras por whisky por cada media hora de mostrador. También me confirmó ese dictamen, entre sábanas, la encargada del guardarropía de la sauna *Happy Bishop*, ocasión tan insólita que recuerdo frecuentemente. Quizá debería repetir esta última terapia. O sea, tres personas a quienes he abierto mi cerebro o mi corazón, ven la causa de mis males en el mismo abismo de la figura del padre. ¡Curiosa conclusión! Pues más bien se debería a la ausencia de padre, ya que mi nacimiento tuvo lugar en la prestigiosa Facultad de Medicina de la Universidad de Glasgow (donde se conseguiría clonar a la célebre mofeta Billy, con olores incluidos), y donde gocé del honor de ser cocinado como una caldereta de pescado, aportando especias y cuidado a fuego lento por cocineros con doctorados. El ingrediente básico lo aportaron los donantes macho y hembra anónimos, más deseosos de cobrar el cheque de la prestigiosa clínica universitaria que de esperar a conocer el fruto de su cita a ciegas. Tal experimento fue un éxito si consideramos que, según las crónicas de hace treinta años, o sea,

mi edad, los médicos celebraron alborozados la primera fusión del espermatozoide y del óvulo en tierra de nadie como si hubiesen logrado el alunizaje de un serpenteante cohete en un cráter de Marte. Al decir de las hemerotecas, mi gestación tuvo lugar en un modesto apartamento o marmita de titanio sin pagar renta alguna y con manutención incluida a cargo del casero. Por una pirueta genética tan imprevisible como sorprendente, me encontré a los cuatro años (momento en que ya podía contar hasta cinco), con que mi pie izquierdo carecía de dedo gordo, y como caprichosa compensación de la naturaleza me percaté, a los dieciséis años (cuando podía contar otros tantos centímetros) de mi tarjeta masculina de presentación (sí, eso en lo que están ustedes pensando). Y puedo asegurarles que resulta muy interesante en un país como Escocia, donde la faldita con cuadradillos rojos o verdes se enfunda sin llevar calzoncillos.

De la falta de dedo gordo en el pie no me quejo ¿De qué me serviría? Tiene sus ventajas. Puedo correr, saltar y hacer el amor. No sirvo para el ejército. Me miran en las playas. Sería fácilmente identificable en un depósito de cadáveres. Si la ventaja de no tener perro es no tener que cuidarlo, un dedo menos supone grandes economías. Una uña menos que cortar. Un dedo menos que limpiar. Además, un tema morboso para animar las tertulias aburridas. Y de mi mejor amigo, largo y grueso como el tallo de un boletus gigante, solo puedo hablar bien, aunque me temo que su trabajo corre parejo con mis empleos, o sea, tareas ocasionales y poco gratificantes que no me han permitido hacer aflorar lo mejor de mí mismo.

Por lo demás, mantengo el aspecto de joven incomprendido de serie televisiva barata, pelirrojo como el Rey Guillermo de Holanda (ya saben, flequillo, cejas y pecas vivamente anaranjados), con ojos azules, sonrisa fácil y bastante locuaz. Pero con mala suerte. Diciéndolo claro, me considero un actor secundario del cortometraje de la vida, en trance de ser postergado a simple extra. Lo cierto es que las chicas no recuerdan mi nombre tras la primera presentación, tampoco lo recuerdan después del segundo encuentro y como consolación tras la tercera coincidencia juran quererme como amigo, mientras sus urgencias hormonales se emplean a fondo con otros fulanos.

Para no hacerles trampa ocultándoles información, debo confesarles que tengo ciertas reservas de grasas homogéneamente distribuidas para tiempos difíciles. Nada del otro mundo: cierta flacidez aquí, un abultamiento allá y unas redondeces mullidas. Nada que no pueda solucionarse hinchando el pecho, metiendo barriga y adoptando posiciones estiradas. Es algo saludable e incluso ecológico, pues al fin y al cabo los árboles añaden un anillo de corteza cada temporada. No todo el mundo lo ve así. Al menos, no lo ven así las personas delgadas y no digamos ya las apolíneas. El caso es que conforme mi peso aumentaba en la adolescencia, empezaban a ser hirientes las miradas y las bromas de los aguafiestas sin educación. No había fiesta o reunión en que un cretino, tras hablar del interesantísimo tema del tiempo atmosférico pasaba a hablarme de la no menos interesante cuestión de los remedios frente al exceso de calorías. No comprendían mis miradas asesinas ni las respuestas groseras, así que decidí aligerarme un poco el lastre calórico. Tonterías de adolescencia, porque hoy pienso sinceramente que nadie debería preocuparse por su peso siempre que no ocupe dos o más butacas en el cine o el avión y siempre que pueda salir por su propio pie de la bañera o voltearse en la cama sin ayuda. Por el sexo tampoco debe preocuparse porque el kamasutra tiene respuesta para cualquier contorsionista o capricho de la naturaleza.

Así que, espoleado por mi conciencia sobre los peligros del colesterol y deslumbrado por mi sueño de convertirme en la reencarnación del viejo héroe *Charles Atlas*, capaz de zurrar a quien mirase de soslayo a su chica o arrojase arena a la toalla indebida, decidí batir mis redondeces en un gimnasio de precio barato y entrenador implacable.

Me aguardaba una especie de excombatiente de Vietnam con aire de Steve Seagal cabreado, quien tras haber visto una película sobre invasores del espacio, abrigaba la pintoresca teoría de que bajo la epidermis se alojaban diminutos alienígenas que se alimentaban y multiplicaban con la grasa. Su táctica consistía en una guerra sin cuartel a los supuestos paramecios glotones a fuerza de saltos, flexiones, planchas, levantamiento de pesas y todo tipo de zarandeos epilépticos de músculos y huesos. Cuando me detenía extenuado

por los ejercicios, el entrenador, vigilando mi evolución como la bruja del cuento de Hansel y Gretel a los niños, proyectaba sobre mí una amenazante sonrisa que disipaba toda idea de fuga. Aquel tipo sería capaz de conseguir hacer adelgazar a un camello para que atravesase el ojo de la aguja y a este paso iba a lograr que yo montase ese camello y lo pasásemos ambos sin rozarlo. Quizás pretendía exhibirme como reclamo de su negocio o presentarme en los novedosos «juegos fideolímpicos», que se celebrarían en Vietnam y que están reservados para la competición entre vegetarianos fundamentalistas o activistas en huelga de hambre.

Paradójicamente, la angustia de sobrevivir a tales entrenamientos me llevó a refugiarme en la comida y mientras zampaba de forma compulsiva y a escondidas, una hamburguesa triple con una coca cola de litro y todo ello empujado por un helado de chocolate, comprendí que los enemigos a batir eran dos: los alienígenas y mi curtido entrenador. Unos haciendo acopio de grasa, y el otro luchando por eliminarla, me estaban dejando hecho unos zorros.

Tomé una decisión heroica y le comuniqué al entrenador mi intención de abandonar los ejercicios, so pretexto de un viaje de trabajo. Todavía recuerdo sus alaridos desde el interior de la sauna donde conseguí encerrarle tras perseguirme por todo el gimnasio enarbolando unas pesas.

Libre de mi torturador, seguí mi propio método, sin rígidos entrenamientos, consistente en llevar a cabo mis actividades habituales en la forma que producía mayor despilfarro de calorías.

Empecé mi personal viacrucis. El deporte no queda impune.

Caminaba por las calles a brincos (los peatones sonreían con lástima y los niños se lanzaban a imitarme formando un curioso desfile de canguros urbanos). Ayudaba a la gente a transportar gratuitamente sus maletas y paquetes (algún malentendido fue aclarado con mamporros).

Arrojaba de forma distraída mi billetero al suelo para obligarme a flexionarme y recogerlo (en la cuarta ocasión mis riñones ralentizaron la bajada y un truhán se me adelantó, y me demostró que estaba en mejor forma que yo, porque no logré alcanzarle).

Me balanceaba en todos los percheros que hallaba a mi paso (situación simiesca difícil de explicar cuando era sorprendido en tales acrobacias).

Abría las botellas de cerveza con los dientes (resultó mucho más fácil cuando sustituí mis destrozados incisivos por dos dientes de marfil, único material que admití del dentista por el precio que pretendía cobrarme).

Colocaba chinchetas entre los calcetines y mis talones para obligarme a caminar con la puntera, lo que era especialmente difícil para mí incompleto pie izquierdo.

Depositaba pesadas piedras y bolas de acero en mis bolsillos (singular abultamiento que provocaba miradas lascivas).

Colocaba la corbata colgado por los pies del armario de mi dormitorio (tarea difícil, pero llevadera si se compara con la posterior limpieza de dientes en idéntica posición invertida).

Instalé el teléfono en el suelo para atender las llamadas en cuclillas (los jadeos exigidos por la postura dieron lugar a alguna situación confusa con las amigas que me llamaban).

Deambulaba por mi casa con los pantalones bajados para obligarme a dar pasos cortos sin alzar los pies (olvidé que estaba realizando este ejercicio cuando abrí la puerta a mi vecina, quien a su vez olvidó su educación golpeándome en las bolas de acero, que había colocado en mis calzoncillos para aprovechar toda oportunidad de perder calorías). No me pregunten cuanta diplomacia necesité para explicar la situación al marido de la vecina, cuando me encontró en el descansillo de la escalera con los pantalones bajados; y sobre todo por qué estaba su mujer en el suelo lanzando alaridos mientras se frotaba el pie, liberado del panty, y por qué surgían bolas negras de mi entrepierna y rodaban escalera abajo...

También compré un enorme perro mastín que, en aparente descuido, soltaba en la calle mayor para poder perseguirlo y cazarlo a la carrera (los vecinos solían cruzar apuestas sobre el incidente: unos sobre quién ganaría la carrera; otros sobre quién era más estúpido, si mi perro o yo, por extraviarlo un día tras otro en el mismo sitio a la misma hora).

Tras dos meses de seguir este tratamiento conseguí mi propósito: cambiar mi aspecto físico. Ya lo creo que lo logré. Ojeras, huesos descoyuntados, músculos inflamados, irritaciones en la ingle, callosidades en las manos, talones despellejados, agujetas, palidez de insomne ... y lo peor de todo, una fortuna en facturas de mi sastre para ajustar mis trajes a su elástico contenido, sin olvidar la adquisición de los coloretes y afeites que hacen presentables a los difuntos, tal y como me veía yo. Pero lo que peor llevaba era el gesto compasivo de las muchachitas en flor, de las desfloradas e incluso diría que de las reinjertadas, pues a todas daba lástima mi apariencia de zombie que no encontraba el camino de regreso a su tumba.

Cambié de táctica. Dejé el deporte y recuperé mis mejillas sonrosadas y tipo bananero (ya saben, los plátanos ni son gordos ni delgados sino más bien mulliditos). Entonces la luz se hizo y comprendí la ventaja del deporte: ¡Los grandes beneficios al dejar de practicarlo!

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Nada más serio que no tomarnos en serio

Novela iniciática

José Ramón Chaves García

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **3,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **12,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/nada-mas-serio/